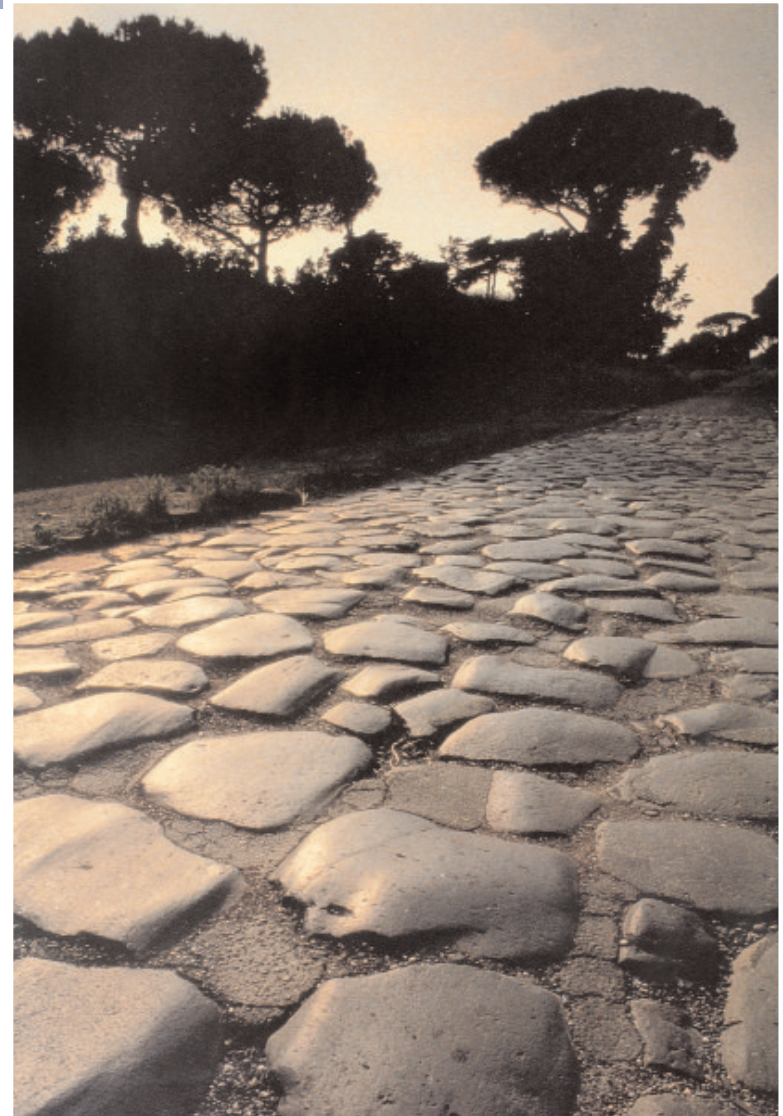


La Via Appia

«Regina viarum»

En el año 312 a.C., el senador Appio Claudio fue nombrado censor de la República de Roma. Durante su mandato se llevaron a cabo numerosas reformas y obras importantes, pero la Historia lo recuerda sobre todo por la construcción de la calzada que lleva su nombre: la Via Appia.

Con la nueva carretera se buscaba mejorar las comunicaciones entre Roma y Capua, de manera que las legiones romanas pudiesen desplazarse con mayor rapidez a lo largo de los ciento noventa y cinco kilómetros que separan las dos ciudades. Con el pasar de los años fue objeto de varias ampliaciones, y en el siglo II a.C. su trazado llegaba ya hasta Brindisi, principal punto de conexión marítima con las provincias orientales, a más de quinientos kilómetros de la Urbe. Cuatro siglos más tarde, el emperador Trajano realizó mejoras que permitieron la circulación de los carros, y la Via Appia se convirtió en una de las arterias económicas más importantes del Imperio. Popularmente era conocida como *regina viarum* -la reina de las vías-, nombre merecido tanto por su longitud, como por su extraordinaria belleza: a los lados de la calzada fueron surgiendo casas residenciales, templos y mausoleos, que añadían un toque de esplendor al sencillo encanto de la campiña romana. Era un buen prelude para quien iba a encontrarse con la majestuosidad de la Ciudad Eterna.



La Via Appia ha sido escenario de algunos acontecimientos preciados para los cristianos. En los Hechos de los Apóstoles se narra que San Pablo entró en la Urbe por este camino: *y así nos dirigimos a Roma. Los hermanos, al enterarse de nuestra llegada, vinieron desde allí a nuestro encuentro hasta el Foro Apio y Tres Tabernas. Al verles Pablo dio gracias a Dios y cobró ánimos*¹.

San Pablo iba a comparecer ante el tribunal del César. Un grupo de cristianos salió a recibirle a Tres Tabernae, una estación de descanso para los viajeros a unos cincuenta kilómetros de la ciudad; y algunos recorrieron todavía otros doce más para llegar a *Forum Appi*, donde acababa el canal navegable procedente de Terracina. Es fácil imaginar la emoción de San Pablo, y muy gráfico el testimonio de cómo se querían los primeros cristianos y la veneración que tenían hacia los Apóstoles.

También sobre la Via Appia se encuentran las Catacumbas de San Sebastián y San Calixto, donde a partir del siglo II recibieron sepultura miles de cristianos, entre ellos numerosos mártires. Algunos, como el Papa Sixto II y un grupo de sacerdotes y diáconos que le acompañaban mientras celebraba la Santa Misa, entregaron santamente su vida allí mismo.

Más tarde, durante la Edad Media, se convirtió en una de las calzadas más transitadas por los romeros que peregrinaban a la Ciudad Eterna para rezar ante la tumba de San Pedro.

Por último, hay una piadosa tradición que relaciona al Príncipe de los Apóstoles con esta vía. A menos de un kilómetro de la Puerta de San Sebastián, una iglesia la conmemora: la del *Quo vadis?* Según este antiguo relato, los cristianos de Roma, comenzada la persecución del año 64, rogaron a Pedro que huyera a otro lugar. El Príncipe de los Apóstoles se dispuso para la marcha y partió de la ciudad en la madrugada de un día de verano. Poco después de cruzar la Porta Appia, vio a Jesús

1. *Hch* 28,11-15.



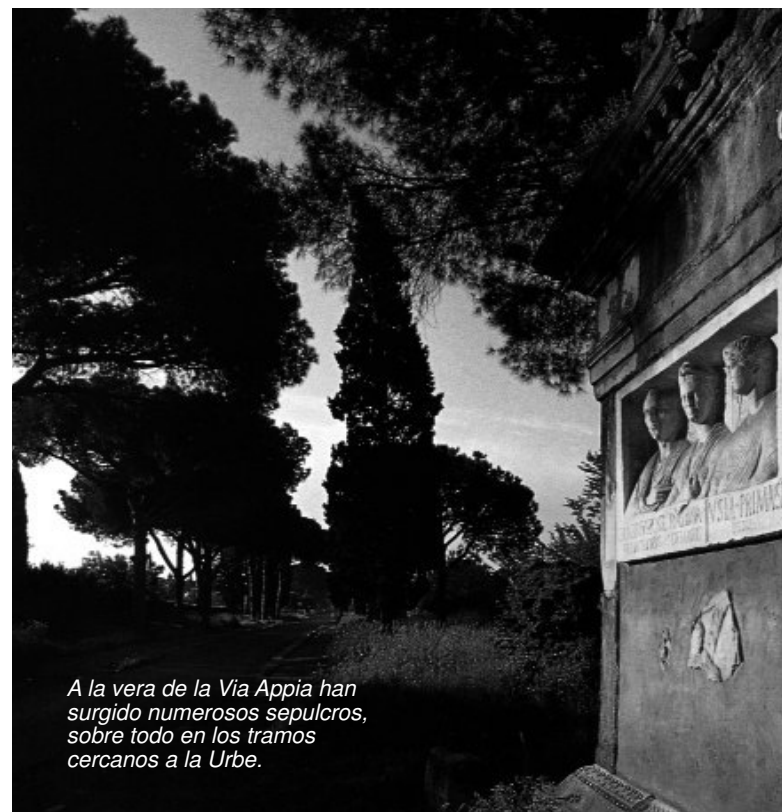
que venía a su encuentro. Pedro le preguntó:

-¿A dónde vas, Señor?

-Voy a Roma, para ser crucificado.

-Señor -dijo el Apóstol-, ¿vas a ser crucificado otra vez?

-Sí, Pedro, otra vez.



A la vera de la Via Appia han surgido numerosos sepulcros, sobre todo en los tramos cercanos a la Urbe.



El mausoleo de Cecilia Metella, en la Via Appia.

A continuación, Jesús desapareció y Pedro comprendió todo. Envuelto en la luz del amanecer, dio media vuelta y dirigió sus pasos hacia Roma, donde poco después abrazaría el martirio.

3 de julio de 1946

El 3 de julio de 1946, a las ocho y media, san Josemaría dio un paseo por la Via Appia, para encontrar unos momentos de descanso.

Había llegado a Roma el 23 de junio y al día siguiente celebró la Santa Misa en el apartamento de Città Leonina. Esa misma mañana, acudió a la Santa Sede para tratar sobre la solución jurídica de la Obra. Además de estos asuntos, el fundador del Opus Dei pidió permiso para reservar el Santísimo. Un día después, llegaba la noticia de que la Santa Sede daba la licencia



para poner el Sagrario.

José Orlandis, que le había acompañado en el viaje a Roma y estaba en la Ciudad Eterna estos días, recuerda años después: *"El Padre sufrió bastante en los primeros días, a consecuencia del agotamiento del viaje y del tremendo calor que comenzó a hacer en Roma, todo ello agravado por su mal estado de salud. ¡Aquí está el fardo! -decía- ¡ya os habéis salido con la vuestra!*

Pero la noticia de que la Santa Sede había concedido licencia para tener en casa el oratorio con el Santísimo, fue una buena nueva que galvanizó todas sus energías y le lanzó a preparar con todas sus fuerzas una digna acogida al Señor. Como tenía por costumbre -una costumbre que enseñó a sus hijos, para que se conservara siempre en los centros del Opus Dei-, la me-

Calco de piedra que señala el lugar donde, según una antigua tradición, se posaron las plantas del Señor cuando se apareció a San Pedro.



or habitación de aquella pequeña casa quedó convertida en oratorio.

Y el Padre comenzó a recorrer las tiendas de anticuarios y charilleros, tan abundantes en Roma, a la busca de las cosas indispensables para montar con decoro el oratorio: pronto pudimos conseguir, entre otros objetos, un Cristo de mármol, dos grandes candeleros, y cuatro cuadros antiguos, todo a bastante buen precio. Luego, en casa, trabajaba con tal intensidad en la instalación que nosotros -los jóvenes- le seguíamos con la lengua fuera y, al llegar la noche, nos sentíamos agotados. "Padre -le decíamos en broma-, y eso que decía usted que había venido como un fardo!; ¡si no llega a ser así!". El miércoles, 3 de julio, San Josemaría, al celebrar la Santa Misa, dejó al Señor en el Sagrario. Era el primer sagrario en un centro romano del Opus Deñ.

Se puede imaginar la alegría de san Josemaría. Años atrás había escrito: *¿No te alegra si has descubierto en tu camino habitual por las calles de la urbe ¡otro Sagrario!?*². Ahora, ese sueño acababa de cumplirse... ¡en Roma!

Habían sido días muy intensos, así que esa tarde se tomaron un merecido descanso. A las ocho y media -coincidiendo con la puesta de sol- fueron a la Via Appia. Para quien haya estado allí, no será difícil imaginar la escena: el recuerdo de los primeros cristianos, la austeridad de la calzada romana, los restos de construcciones en otros tiempos grandiosas, los cipreses y pinos que limitan el camino, el silencio y la soledad propios de una hora ya avanzada de la jornada..., y todo bañado por la tenue luz del crepúsculo. El terreno por el que discurre la calzada en las cercanías de Roma es muy llano. A cada lado, se alcanza a ver una gran extensión de campo antes de que la vista se confunda en el horizonte. Mirar al poniente y contemplar la puesta de sol, con los intensos tonos anaranjados de estas la-

2. José Orlandis, Mis recuerdos, p. 146

3. De san Josemaría, Camino, 270



titudes, es un espectáculo extraordinario. No sería de extrañar que su alma de enamorado, especialmente tocada por los acontecimientos de esa jornada y por la belleza que contemplaba con sus ojos, echase a volar, y comenzara a soñar con el Opus Dei proyectado en el tiempo y con sus hijos, acercando muchas almas a Dios en medio del mundo a través del *apostolado que vivimos, a la manera del que hacían los primeros cristianos*⁴.

4. De san Josemaría, Carta Circular, 9-I-1938. cfr. A. Vázquez de Prada, vol II, p. 242